

*Retrato Moral de un Pretendiente Servil.**Por Gomez Arias.*

» Un linage hay de pretendientes que echan  
 » por el camino del desprecio político, y se llevan  
 » los mayores puestos. Desaparécense en la hu-  
 » mildad de sus reverencias, pronuncian mas cui-  
 » tas que razones, agonizan lo que hablan, estu-  
 » dian semblantes pordioseros, y cortejan los cria-  
 » dos de los poderosos, que esto es deshacerse  
 » para que los hagan. Suelen hacer preciosa la  
 » vileza hartando con ella al desvanecido el ham-  
 » bre de sus miserias, cuya soberbia juzga sufi-  
 » ciente al que con menosprecio de sí mismo le  
 » adora. Estos son muy malos negociantes; y no  
 » sabré distinguir cual sea mas vil, y si el que con  
 » maña se desprecia para despreciar á otros, ó el  
 » que se vende á tan vil precio, defraudando el  
 » premio al mérito y á la entereza.»

No solo de sugetos particulares saca la elocuen-  
 cia retratos, ya personales, ya morales; mas tam-  
 bien de pueblos y naciones, describiendo los ges-  
 tos, trages, hábitos, costumbres, de que nos ha  
 dejado un hermoso y elegante egemplo Argenso-  
 la, cuando hace de ciertos naturales de las Molu-  
 cas la siguiente pintura: » Usan los Paptúas del  
 » cabello revuelto en crespas greñas. Son de ges-  
 » tos magros y feos, hombres rigidos y sufridores  
 » del trabajo, hábiles para qualquiera traicion; y  
 » hombres y mugeres muestran en el trage la na-  
 » tural arrogancia de su condicion. Su guerra  
 » consiste en celadas y estratagemas, donde la as-  
 » tucia suple por la fuerza, y no estiman por acto

» ignominioso la huida, porque es opinion inculta  
 » la que en aquellos paises da leyes al honor.»

El mismo autor con igual colorido y franqueza  
 de pincel dibuja en breves rasgos el caracter,  
 costumbres, y leyes de los Molúcas: » Son de  
 » cuerpos robustos, muy dados á la guerra, y  
 » para qualquier otro egercicio perezosos. Viven  
 » mucho tiempo; encanecen temprano, y siempre  
 » ligeros por la mar, no ménos que en la tierra:  
 » olíciosos y benignos con los huéspedes; y en-  
 » trando en familiaridad, importunos y pesados  
 » en sus ruegos. Su trato interesal, y hierben en  
 » recelos, fraudes, y mentiras. Son pobres, y por  
 » esto soberbios, y por juntar muchos vicios en  
 » uno, ingratos. El hurto no por minimo se per-  
 » dona, el adulterio, facilmente.»

## §. III.

## DE LAS FIGURAS MISTAS.

Al principio de esta tercera parte, tratando de  
 la exornacion oratoria, hemos hablado ya del es-  
 plendor que dan á la elocucion los tropes y las  
 figuras que llaman de palabra, y la fuerza y espí-  
 ritu que le comunican las llamadas de pensamien-  
 to, que son las que intrinsecamente componen la  
 elocuencia. De todas se han puesto egemplos pa-  
 ra manifestar la estructura de cada una, y los  
 modos varios de formarlas separadamente.

Pero generalmente en la testura de la sen-  
 tencia van entretregidas dos, tres, ó mas figuras  
 de distintos géneros que, como hermanadas y  
 compañeras, ayudan al movimiento de la princi-  
 pal, ó á su ornato; y otras veces se confunden



todas ellas de tal suerte en el cuerpo de la oracion, que solamente, conocida la intencion del orador por el objeto, lugar, y circunstancias de la sentencia, se puede calificar, entre todas, qual de ellas es el alma de la composicion.

No basta saber el nombre, la definicion, el género, y la formacion de esta ú la otra figura; ni basta tampoco saberla hacer por pura imitacion mecánica, si se ignora el arte de colocarias en la composicion, enlazándolas de modo que formen un cuerpo entero que reciba movimiento, vida, y hermosura de la armonia y concierto de estas partes. En el artificio de un reloj no merece el nombre de autor el oficial que trabaja cada pieza separada, aunque conozca su uso; sino el artista que despues las coloca, concierta, y arma para formar con la trabazon y correspondencia de todas, la máquina acabada. Este es el orador, y el otro es el mancebo retórico: porque, como en la composicion elocuente trabajan á un mismo tiempo la imaginacion y la pasion, aquella inventa, y esta dicta lo que se ha de decir; y acumulándose los afectos y las circunstancias para mover, persuadir, ó deleitar, la oracion se aviva, se eleva, se enriquece con las figuras que ministra el lugar, la ocasion, y el grado de sentir del que habla á los otros.

La facilidad con que se enlazan, y no se embarazan, figuras diferentes, y la armonia que guardan dentro del circulo de una composicion; prueban mas y mas la especie de necesidad que tienen las unas de las otras para hacer el efecto que se propone el orador ó escritor verdaderamente elocuente: ¿Qué seria, pues, el apóstrofe sin la exclamacion? y la prosopopeya sin una y otra?

¿Qué seria la sermocinacion sin el contraste, ni el incremento sin la gradacion, ni la interrogacion sin la repeticion, ni la reticencia sin el énfasis? De esta feliz union sale la fuerza de la oracion elocuente.

Egemplos tenemos de todo en los que se han trasladado mas arriba para cada una de las figuras en todos sus géneros y especies, donde apenas se pasa de una clausula á otra, ó de un periodo á otro, sin que se asome la flor ó la luz de alguna de ellas. Para hacer mas evidente la verdad de esta observacion, pondremos aqui algunas muestras por manera de ensayo y exámen.

Pinta el galano y casi siempre afectado Conde de Cervellon en el retrato politico del Rey D. Alfonso VIII. el trágico suceso de la muerte de Raquel su concubina; quando se vió acometida en su propia cámara del palacio por los conjurados armados, que rompieron las puertas de ella y dice así: *El alboroto avisó á Raquel de su riesgo, quando luego vió entrar armada una multitud impetuosa, embarazadas con los puñales las mismas manos que antes la rogaban con memoriales. Raquel que miró en la ira de los rostros el de sus tormentos, quedó turbada, quedó airada y llorosa; y fué la primera vez que no persuadieron sus lágrimas. Y viendo ya que su ruego pasaba á ser desaire, compuso el trage, serenó el semblante, y descansó el aliento; y stando su seguridad en su razon, pudo solo decirles brevemente: Vosotros ¿me quereis matar porque amo á Alfonso, ó porque él me ama? Si porque le amo, no es delito; si porque me ama, no es delito mio. Direis que á esto os obliga el amor de vasallos: y siendo en vosotros razon que el amor*



*os disculpe? la podrá haber para que á mi me mate? Si correspondo á sus cariños ¿no los debo obedecer como preceptos? y si no los correspondo ¿es justo achacarme una ceguedad que él se labró sin mi permiso? Pero ¿para qué me valgo de la duda? Yo le quiero, yo le amo, yo soy la mitad de su vida; matadme, pues, matadme, y matareis á entrambos: que este luzo que á mi me ilustra, mas facil es romperle que desatarle. Mas, ay! que si me matais para que Alfonso me olvide, no es buen medio que me vea morir de enamorada.... En fin, murió Raquel, muerte provechosa al pueblo, y culpable á los egecutores, que evitaron un delito con otro delito: abominable especie de remedio es deber la salud á la enfermedad. Vuelve Alfonso á palacio: ¡Ó infelice jóven! pregunta por Raquel; nadie responde: búscala despavorido, y encuentrala difunta. No conoce su desgracia en su palidez, que es tambien el color de los amantes: no la conoce tampoco en verla desmayada, porque un pesar es sobrado cuchillo en la fragilidad de una belleza; conoce, sí, que estaba sin aliento en que le recibia sin agrado: hállala desgreñado el cuello, sirviendo mas para lazo que para adorno, retirados los ojos, aun mas de la crueldad que de la pena; y el corazon abierto, no tanto por la herida, como por quererse explicar. Aqui es preciso correr la cortina al suceso, porque seria falta de respeto permitir á la consideracion comun un rey asligido y lastimado.*

En esta narracion hay accion trágica, hay rasgos patéticos, hay situaciones admirablemente contrastadas, hay espresiones delicadas y muy sentidas, y concluye con una noble y oportuna

reticencia enfática, cubriendo con el velo del silencio las demostraciones de amor, dolor, y desesperacion del amante sobre el cuerpo de su difunta amada, delicado recato y respeto, debido á la magestad. En este trozo de composicion entran colocadas en sus propios lugares, ya el antitesis de diction y de sentencia, y la repeticion en todos sus géneros, la métafora en todos sus grados, ya la sermocinacion, la sujecion, el diálogo, la conduplicacion, el epifonema, la exclamacion, la hipotiposis, el hiperbole, y en una palabra, una multitud de frases tan finas y bellas que no tienen nombre propio, y que se les puede perdonar lo conceptuoso por la dignidad del sujeto, y lo lastimoso de la pasion.

Ponderando Fr. Luis de Granada la humildad y abatimiento en que, por amor de los hombres, un Dios de tan gran magestad quiso morir en una cruz como un malhechor; empieza con un apóstrofe, sigue con una prosopopeya, continúa con una interrogacion, se esplaya con una exclamacion, y concluye con un contraste magnifico y patético, de este manera: *¡Vosotros, ángeles bienaventurados, que tan bien conoceis la alteza de este Señor; qué sentisteis, cuando allí le visteis? ¡Como atónita queda la naturaleza, suspensas están las criaturas, espántanse los principados y potestades del cielo de tan inestimable bondad! ¿Quién no se ahoga en este piélago de tanta piedad? quién no cubre aquí sus ojos, como Elías, cuando ve pasar á Dios, no con pasos de magestad, sino de humildad; no trastornando los montes y quebrantando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos, y haciendo despedazar las piedras de compasion? Pues*



¿quién no cerrará aquí los ojos de su entendimiento y abrirá los senos de su voluntad, para que ella sienta la grandeza de este amor, y ame cuanto pudiere sin tasa y sin medida?

Responde Fr. Luis de Leon la ceguedad de los judíos que creían que la fuerza del brazo de Dios, cuyo nombre dan á Cristo, Isaias, y David, serian materialmente militar, guerrera, y sangrienta para darles victorias acá en la tierra; y empieza su discurso por una exclamacion, sigue con una alegoria, cerrandola con una brevedad, y la metonimia del *cuchillo* y la *sangre*; continúa con un contraste, y cierrala con una aglomeracion ligada con una conjuncion; y concluye con una espolicion sostenida de una conduplicacion muy natural, y admirablemente de un contraste de sentencia de muy subido estilo. De esta manera comienza: ¡Ceguedad lastimera! creer que los encarcamientos y amores de Dios con su pueblo habian de parar en armas y banderas, en castillos cercados, y muros batidos por tierra, y en el cuchillo, en la sangre, en el asalto, y cautiverio de inocentes! Vosotros esperabais ser señores de otros: y Dios no prometia sino haceros señores de vosotros mismos. Los hechos hazñosos de un cordero, tan manso y humilde como pinta Isaias, no son hechos de esta guerra que vemos, donde la soberbia se enseñorea, y la crueldad se despierta, y el bullicio y la cólera y el furor menean las manos. Piden á Dios la palabra, y no despiertan la vista para conocer la palabra que Dios les dió. El oficio de Cristo y su valentia era dar buena nueva á los mansos, y no asalto á los muros; á curar los de corazon quebrantado, no á pasar por los filos de su espada á las

gentes, á predicar á los cautivos perdon, á predicar, no á guerrear, no á dar rienda á la saña, sino á publicar su indulgencia; á publicar el año en que se aplaca el señor, y el dia en que, como si se viese vengado, queda mansa su ira: á consolar á los que lloran, y á dar fortaleza á los que se lamentan: á darles guirnalda en lugar de ceniza, y uncion de gozo en lugar del duelo, y manto de olor en vez de la tristeza de espíritu.

Trata el mismo autor del nombre *El amado*, que tiene Cristo en las sagradas letras; y despues de decir lo que por su amor han dicho sus enamorados, encarece las obras á que este amor les ha obligado en la ley de gracia. Declara con tanta fuerza y viveza este pensamiento, que es el último grado de la elocuencia haber reunido en tan reducida composicion tantas figuras como líneas; y tan bien colocadas, que bien se conoce que la pasion, y no la retórica del autor, las iba llamando en su ocasion. Viene la exclamacion la primera; sigue un contraste sostenido de una repeticion; y remata con una gradacion acelerada por la aglomeracion, y precipitada por la disolucion y dice así: ¡O grandeza de amor! Por tí, Señor, las tiernas doncellas abrazaron la muerte. Por tí la flaqueza femenil halló sobre el fuego. Tus dulcissimos amores fueron los que poblaron los yermos. Amándote á tí, ¡ó dulcissimo Bien! se enciende, se apura, se esclarece, se levanta, se arroba, se anega el alma, el sentido, la carne.

Queriendo Antonio Perez desahogar su corazon contra las trazas y condiciones de la envidia y de los envidiosos de la estimacion pública que se habia grangeado de las gentes en el curso de



sus infortunios; empieza con una sentencia, la amplifica con un símil, que se convierte en alegoría sostenida de una repetición, vestida de una distribución de atributos, y queda concluido todo el pensamiento con una aglomeración y brevedad, que le dan un feliz remate: *He averiguado (dice) que no acomete sino á lo que es de algun valor y mérito el gusano de la envidia, que no es otra cosa que gusano; gusano en el roer á sor-das; gusano en no acometer sino á lo mejor; gusano en la bajeza. En el mismo fruto bueno, en la misma madre, se cria; en la virtud, en el valor de cada uno; en él nace, con él crece, con él muere.*

Bastan, y aun sobran, estos pocos ejemplos de figuras mistas; no solo para demostrar como estan tejidas tan estrechamente que apenas se perciben á la simple lectura, pues su buena consonancia no deja distinguir las voces de cada una, ocupada la mente y el ánimo con la fuerza y copia de la elocuencia, cuyos elementos no se para á examinar, sino á sentir sus efectos. Ciertamente, sin el ornato y compartimiento de estas figuras, no habria, ni espíritu, ni esplendor, ni copia en los discursos propuestos. Dispuestos segun la llaneza y desnudez del lenguaje comun, se hallaria la verdad y su sencillez, aquella que alcanza la razon sola; pero el que no persuade, y mueva los afectos; se podrá llamar elocuente? Ya hemos visto como por medio del juego de las figuras solamente se alcanzan estos dos fines. La naturaleza sola podia inspirar estos movimientos á sus autores como á todo hombre que siente; pero el grado, el modo, el término de espresarlos y comunicarlos á los demas, siempre será

fruto del arte, del estudio, de la educacion, y de un largo ejercicio. Y es tanta despues la facilidad en la composicion, que bien se puede asegurar que ninguno de ellos, no solo no preparó, pero ni conoció las figuras que comedia, hasta despues de haberlas visto formadas en el papel, ó lanzadas de sus labios al auditorio.

## APÉNDICE I.

### DE ALGUNOS LUGARES ORATORIOS

#### PROPIOS DE LA ELOCUCION.

Aunque los retóricos han colocado la *definicion*, la *semejanza*, y la *comparacion*, en la clase de los lugares oratorios, con respecto á la invencion; si la consideramos como ornato y hermosura de la composicion, pertenecen á la elocucion por necesidad. El escolástico, el teólogo, el filósofo, define, asemeja, compara; mas solo el orador lo hace con esplendor, dignidad y magnificencia.

#### *Definiciones.*

La definicion oratoria no es una desnuda y didáctica declaracion de la propiedad, género, y diferencia de las cosas; sino una abundante y exornada explicacion del objeto que nos proponemos definir, por varios modos, calidades, y circunstancias.

Hay definiciones mas sostenidas y amplificadas, y las hay también mas sueltas y concisas, y